

David Blanco Laserna

EL LABERINTO DE LOS NAVEGANTES

CÓDIGO
CIENCIA



ANAYA

*Para mi sobrina Laura,
para que sepa encontrar la salida
de todos sus laberintos.*

1.ª edición: mayo 2012

© del texto: David Blanco Laserna, 2012
© del diseño e ilustración: Puño, 2012

© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2012
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-678-2891-7
Depósito legal: M-12538/2012
Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las
establecidas por la Real Academia
Española en la nueva *Ortografía de la lengua
española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Primera parte
En las alturas



CAPÍTULO PRIMERO

El mundo de Baum

¿Recuerdas qué fue lo primero que aprendiste? Antes de que te enseñaran a poner los ojos en blanco o tocarte la nariz con la lengua, antes de que supieras hablar, caminar o incluso gatear... vinieron las prohibiciones. Y ya sabes: lo hicieron para quedarse. No metas los dedos en el enchufe, eso no se toca, eso no se dice, no te quedes desnudo en la piscina, no hables con la boca llena, tampoco cuando esté vacía, no cruces con el semáforo en rojo... y sobre todo, nunca, bajo ningún concepto, se te ocurra hurgarte la nariz. ¡Al menos, no en público!

En el mundo de Baum no existían enchufes, lavadoras ni semáforos, pero a sus habitantes no había quien los ganara a prohibiciones. Aunque las tenían para todos los gustos, una destacaba entre las demás, como si uno de los calígrafos del gremio de los pintores la hubiera escrito en mayúsculas, con el zumo azabache que engorda las zarzamoras: **NUNCA BAJES DE LOS ÁRBOLES**. Nunca, nunca jamás, busques las ramas bajas, ni te descuelgues por un tronco, ni permitas que tus pies se posen en la superficie de Allí Abajo, en lo Profundo.

A nuestros oídos suena como una prohibición extraña. ¿Quién se podría mantener siempre en alto, evitando el suelo a toda costa? Ni siquiera el saltimbanqui más disparatado lograría recorrer un parque de punta a punta, saltando como un chimpancé sobre los abedules. Pero en el mundo de Baum los árboles eran formidables. Sus hojas hubieran cubierto con su sombra un rascacielos. Sus copas monumentales se abrían en abanicos de miles de ramas, que se anudaban unas con otras, tejiendo un colchón mullido de metros y metros de espesor, como un pastel de hojaldre sobre el que podías correr, brincar y hacer el pino sin temor a caer, sin adivinar siquiera la presencia de la tierra a lo largo de kilómetros.

En ninguna de las lenguas de Baum figuraba la palabra *vértigo*. Ellos caminaban a ras de suelo. Era el resto del mundo quien se agazapaba a sus pies, bajo el crujido de la madera.

Encaramado al árbol más alto —el Cedro de Yarvé—, el mundo de Baum se desplegaba en un mar de hojas rubias, plateadas y rojizas, que el viento peinaba en una suave marejada de susurros. Aquí y allá, un tronco despuntaba sobre los demás, meciéndose con la placidez de un velero en una tarde de bonanza.

Solo de trecho en trecho se separaban las copas creando profundos desfiladeros. Se apreciaban entonces, como en el corte de un milhojas de chocolate, los infinitos niveles que urdían las ramas bajo el verdor de la superficie. En esta región intermedia, los árboles se confundían y entrelazaban en un apretado laberinto, donde apenas penetraba la luz y el viento quedaba atrapado en burbujas de aire enrarecido. En un ovillo compacto de tallos y malas hierbas se abrían cavernas, túneles que serpenteaban al azar, arriba

y abajo, dando cobijo a toda clase de alimañas, oscuros recovecos donde el agua se filtraba pudriendo la vegetación.

Los adultos habían bautizado aquel territorio incierto con un nombre aburrido, para que no llamara la atención de los más jóvenes: las Galerías, y lo habían sembrado de pavorosas leyendas.

Allí habitaba la Sombra, una criatura de pura oscuridad que se alimentaba de niños perdidos. También acechaban las Ramas Vivas, que se divertían estrangulando a los intrusos. Y por si fuera poco, su atmósfera sofocante era propicia a las tufarelas, pequeños frutos moteados que despedían un aroma venenoso, que agarrotaba la garganta antes de que te diera tiempo de pedir auxilio.

A pesar de las advertencias, cada año había niños y adolescentes que se internaban en las Galerías y desaparecían para siempre.

En uno de los puntos más elevados del mundo de Baum, allí donde ni siquiera se abrían camino los monos por pereza, las nubes se deshacían contra las fachadas de la Aldea de Agrura, construida en el corazón de los árboles. Sobre la azotea vegetal asomaban cincuenta troncos, en su mayoría encinas gigantes, que de lejos se confundían con las velitas de cumpleaños de una tarta de hojas color tabaco. Incluso con los ojos entornados, enseguida saltaba a la vista la pintura azafrán de los postigos, cortados, como las ventanas, en forma de huevo. No había dos a la misma altura. Cada familia ocupaba la parte del tronco que se le antojaba, añadiendo cuartos y pisos enteros, por encima o por debajo, vaciando la médula de las encinas al estilo de los pájaros carpinteros.

Una intrincada red de pasarelas, escalas y puentecitos comunicaba unas casas con otras, y los agruros se bam-

boleaban en ella al capricho del viento, como hormigas bailando en una tela de araña. Cumplido el ritual de la cena, se sentaban en el hueco de las ventanas con las piernas colgando al fresco, para sorber zumos de melocotón y coger el sueño escuchando el concierto de la brisa nocturna.

Los agruros conocían el fuego, pero no se atrevían a prenderlo salvo en lo más frío de la estación de las lluvias. En la estación seca, cuando las arboledas desnudaban su crujiente esqueleto de madera, un chispazo y un soplo de aire bastarían para reducir a cenizas la aldea. Por las noches se alumbraban con lámparas de luciérnagas, que cebaban a base de caracoles, hasta que su abdomen luminoso se inflamaba con el fulgor de una pequeña bengala.

No freían ni cocían en pucheros. La prohibición de bajar a tierra los había privado de conocer el cobre, el hierro y el frío de los minerales. Por la misma razón lo ignoraban todo sobre los frutos del campo y el mar. No comían peces, tomates, patatas ni zanahorias. Se alimentaban de frutas y de carne de pájaro que comían cruda, aderezada con el zumo agrio de los arándanos rojos.

Adornaban la entrada de las casas con un símbolo familiar, tallado con esmero sobre el cerco ovalado de la puerta: podía ser un saltamontes, el sombrerete de un níscolo o una salamandra mordeándose el rabo. Este tatuaje sobre la madera, que teñían a una sola tinta, hacía el papel de nuestros apellidos.

Ameisín, de la Casa de la Hoja de Gandul, vivía en el tronco de un fuerte arcantor que había resistido el golpe de un rayo y tres plagas consecutivas de cenizo. La quemadura había cicatrizado en un precioso color violáceo, que el sol sembraba de matices metálicos al atardecer, dando un toque de distinción a la corteza.

Uno de sus antepasados había tallado sobre la entrada una hoja aceitunada, con los nervios en espiral, porque en las hojas de gandul la savia brota con el ímpetu de un remolino. Con la llegada de las auroras boreales, los agurros desnudaban de pétalos las flores de cártamo y se levantaban muy temprano para dar caza a los batallones de arañas que devoraban los alcornoques. De los pétalos y las arañas, los maestros tintoreros sabían extraer pigmentos intensos que mezclaban con la resina del tragacanto. Así repintaban los colores de los emblemas de sus casas, que había apagado el desgaste del invierno.

Cimbal, el padre de Ameisín, había aprendido a aborrecer el símbolo que distinguía a su linaje y jamás renovaba su color. Tampoco participaba de la recolección y esperaba a que el agua y el viento terminaran de borrar el relieve de la hoja sobre el dintel de su puerta. Odiaba los laberintos y tomaba la espiral de los nervios del gandul por un camino torcido donde cabía extraviarse. Su mujer, Sonda, al poco tiempo de dar a luz a Ameisín había buscado el centro de un laberinto. Nunca había regresado.

La gente de Baum era olvidadiza y apenas sentía curiosidad por su pasado. Nadie recordaba por qué no se podía bajar de los árboles, ni quién había construido el gran laberinto que se abría entre los anillos del tronco del Olmo Negro. A nadie preocupaba si en su interior se escondía algo de valor. O una monstruosa amenaza. Eran razonablemente felices en su ignorancia y la cultivaban con mimo.

—Bueno, ya hemos echado la tarde...

—Pues con esto se acabó otra mañana...

—Ah, mira que se me ha pasado rápido el día de hoy...

Y es que ese era el placer supremo al que aspiraban los agruros: que se les pasara volando la mañana, la tarde y con suerte la semana, y detrás una docena de meses, y los años, y del tirón la vida entera, sin que aconteciera nada, sin el menor sobresalto, haciendo exactamente lo mismo que habían visto hacer a sus padres, abuelos y tatarabuelos: comer, dormir, levantarse con la primera luz de la mañana, acostarse tras la puesta de sol, cantar, jugar, recolectar frutos, bromear, contar las estrellas...

Era inevitable que de vez en cuando algún vecino de la aldea les saliera rana, pero se trataba de tormentas pasajeras. Aquellos que desafiaban las reglas y bajaban a lo Profundo o se internaban en el laberinto jamás regresaban. Bastaba el olvido, y no encariñarse con los demás en exceso, para que la vida terminara por pasarse en un abrir y cerrar de ojos.

Quizá en el pasado las gentes de Baum fueran más vulnerables a la curiosidad. Alrededor del Olmo Negro, un maestro tallador —cuyo nombre nadie se había molestado en recordar— había levantado un jardín de estatuas: la Morada de la Aflicción. Con madera de enquista, cuya veta amarilla exhibe el color más desalentador que pueda concebirse en la corteza de un árbol, había creado cincuenta y siete figuras. En sus rostros había plasmado todas las variaciones que supo imaginar para la tristeza.

Se hacía difícil pasear entre las estatuas y resistir el impulso de dar media vuelta y abandonar el jardín de inmediato. Ese había sido el propósito del escultor: ahuyentar a los más débiles de la tentación del laberinto. En la madre de Ameisín, sin embargo, su arte obró el efecto contrario: le gustaba recogerse allí a pensar. En la cabeza de Sonda las ideas más brillantes se amontonaban: diamantes, zafiros y

esmeraldas, que en Agrura no despertaban la codicia de nadie.

Un mes después de dar a luz a su única hija, Sonda comunicó a Cimbald que había descubierto un método para desafiar cualquier laberinto: bastaba con avanzar manteniendo una mano siempre en contacto con la pared derecha o izquierda de los corredores. Cimbald interrumpió su entusiasmo con un ataque de tos y salió de la casa con el pretexto de arreglar una fuga en el depósito de agua de lluvia. Para aliviar su repentina ansiedad recurrió al remedio que dictaba la sabiduría de la aldea: el olvido.

Una tarde, al quedarse sin té en el taller y entrar en la casa vacía, Cimbald se acordó de que la noche anterior Sonda le había advertido de que se internaría en el laberinto. Se acercó a la cabaña de la vieja Yagar a recoger a Ameisín y encontró a la niña llorando en la cuna. Adoptó la firme decisión de olvidar a su mujer hasta que volviera. Esperó a la noche, cubrió con un paño las luciérnagas, se acostó y, después de dar cien vueltas en la cama, salió a buscarla.

Lamentando cada paso que daba cruzó el bosque de las estatuas amarillentas. A la luz de la luna la desesperación de las figuras le caló como una escarcha fría en el tuétano de todos los huesos. Alcanzó por fin la entrada del laberinto. Entre el suelo blando de la vegetación destacaba una plataforma, el muñón de un olmo carbonizado, ancho como una plaza. Sus finos anillos de plata convergían en una garganta de escalones que se precipitaban en las honduras del tronco.

A medida que bajaba, la caja de la escalera se dilataba en un embudo invertido. Cimbald miraba hacia arriba, buscando el consuelo de la claridad del cielo, un círculo que a

cada paso encogía, con una luna lívida en el centro, como si un ojo espantado siguiera su descenso. Los peldaños crecían y él se sentía cada vez más insignificante.

La curva de la escalera moría en un amplio rellano. En una pared redonda se repartían nueve arcos idénticos, que se abrían sobre nueve corredores, que se perdían tras nueve recodos. Cimbab buscó el olor familiar de Sonda para decidirse por alguna de las direcciones, pero un aroma penetrante a herrumbre lo confundió y desbarató sus planes. Gritó el nombre de su mujer hasta que se le secó la garganta. Ni el eco de los pasillos supo responderle. Pasó varias horas inmóvil, angustiado, sin saber qué hacer. Por fin se sentó. Cuando el aburrimiento lo agotó, se puso en pie, dio media vuelta, subió muy despacio los escalones y regresó con Ameisín a la morada del arcantor.